

EN TORNO A DANSES PRIMITIVES, QUINTO DISCO DE LO PARDAL ROQUER

El runrún atávico

Matías López López
Catedrático de Filología
Latina (UdL)



Todo pájaro levanta vuelos apócrifos o inesperados, se lanza a rutas del aire que no por inexploradas pierden su 'necesidad' (entiéndase en sentido lógico: su perentoriedad, su justa intención). Es el caso de Lo Pardal Roquer, de Desterrí, de David Esterri, que con su disco Danses primitives, de 2010 ("enregistrat a cal Pardal, masteritzat pel Mante"), ha efectuado un higiénico ejercicio de terapia tras el abuso genial -que los dioses envidiaron- de su ya conocida y divulgada tetralogía. ¡Guárdese Lo Pardal Roquer!: si se excede sólo unos kilómetros más, harán su aparición las aves rapaces y le robarán la banda sonora que celoso custodiaba bajo alas puras.

Su quinto disco no es, con todo, un cosido de tomas falsas: es, y bien al contrario, una ágil y desenvuelta reflexión musical sobre la cultura, esto es, sobre el atavismo. Y así es como comienza este vuelo del gigante David: haciéndose el duro -como siempre-, transfigurado en Pardal Z pero con el consuelo de una Afrodita A que ahora se llama Emma de Roquer, fértil complemento de sus obsesiones; es Emma, su mujer -para qué vamos a engañarnos-, su voz y su coraje (y así, es verdad, cualquiera se anima a volar entre atavismos y contra los atavismos). La música de Ichiro Mizuki -la música a secas- suena cada vez que el mal se cierne sobre David: es una suerte no saber a ciencia cierta qué es el mal, pero es una suerte aún mayor que la música, cruz y redención de Lo Pardal Roquer, posea esa fuerza de titán wagneriano.

Dansa fàl·lica es un título en parte redundante, porque toda danza es fàlica en la medida en que, al ser atávica, intenta recordar y expresar -incluso cuando sirve para agasajar a papas y a reyes en sus

visitas a poblados ignotos- que todos cuantos bailan participan de una construcción retórica que busca el coito y -paralela obsesión- el orgasmo: mujer sapiens y varón erectus (en ello se resume la naturaleza) se dan cita -no importa si en cuevas prehistóricas o en discotecas de hoy- para certificar que sólo hay una forma de progreso posible: el tecnológico (no dejamos nunca de ser, con distintas pieles, los mismos caníbales).

Atavismos de la supervivencia

Acuden también a la macumba, lógicamente a ritmo de samba, los aborígenes que dicen no temer al toro de las Españas a pesar de dormir cada noche con él, tribu atávica entre tribus no menos atávicas que, al grito de ¡Viva Las Vegas! (Visca la terra!), halla su consuelo en seguir anhelando una libertad que en el fondo no desea, pues se vive tanto del tótem milenario como del sol que más calienta. Por eso será que Dona es "dona" y Nadó es "nadó": tautologías para preservarse del frío, atavismos de la supervivencia en un mundo de seguridades (pues no importa si venimos del pecado o de la virtud), atavismos que nos reconcilian con nuestra afición a las causas y a sus consecuencias. "I have no problems" -barrunta el bebé-, "You make me feel so young" -claman los padres-; y es que consistimos en un entusiasmo cuya estación de salida es la abolición de la barrera seminal y cuya estación de destino es ese "you make me feel so young" que luego el bebé de antaño dedicará a su novio o novia y que el novio o la novia -mayor en edad que la otra o el otro casi siempre- devolverá entre regüeldos mientras los padres recuperan la soledad atávica de los orígenes.

Como atavismo es la cárcel (Ponent 2), escenario en cuyas frágiles tablas la culpa genérica se desintegra en culpas individuales sin que éstas logren borrar aquélla. Las tie-



David Esterri ofrece la más alta expresión de su descarnada mirada irónica sobre el mundo

rras de frontera se definen muy en especial por sus prisiones, donde moran quienes mataron "para ver al muerto", capricho no tan alejado del de aquél otro -de alguien no menos aficionado a la vida y a la muerte, pongamos que se llamaba Plinio el Viejo- que, asomándose más de la cuenta a las fauces del Vesubio, acabó siendo engullido por el volcán.

Y es atávica por antonomasia -cómo no-, evocadora de danzas primitivas, la memoria que procede de los antepasados, ésa que abuelos y padres nos legaron con el hacha de guerra del pan seco (Pa sec); nunca olvide la conciencia adormecida que, pese a que simulamos emanciparnos, somos roedores perpetuos de pan seco, y que es esa forma de dependencia casi biológica la mayor rémora conocida contra nuestro impulso salvaje de zambullirnos en las aguas cambiantes y salvadoras del río de

Heráclito.

A veces, contadas veces, se nos brinda un receso en esa fiebre que no remite y nos vamos al campo (Country day); pero de inmediato comprendemos que el hombre de ciudad se sale de sus márgenes sólo para orinar, que lo suyo es el retorno -ignorante como al principio- al marasmo urbano lo antes posible, pues allí le aguarda (sea él o ella quien huye y regresa) ese atavismo sentimental de las relaciones tóxicas con personas contraproducentes (En el 'i tu què'), la ceremonia del berrinche constante y del chantaje emocional, el diálogo fragmentado, la razón claudicante, el cortejo de las decisiones erróneas y tantas otras lacras que -con la coartada del amor- hacen que el suicidio colectivo revista casi el mismo valor que la plegaria ecuménica del Jueves Santo; sí, es cierto también: tras el Jueves llega el Viernes, el día de la reden-

ción según refiere el Parsifal wagneriano; no, no se pierda la esperanza, pero tampoco un optimismo gratuito nuble la mirada.

'Lo Pardal és la clau'

Los atavismos proporcionan un terreno minado en el que las penumbras son más abundantes que los destellos: su fuerza arrolladora nos transforma en parásitos (Decadent), en chistosos que nos vendemos "para alimentar fantasías demenciales" porque nos horrorizan la soledad y el hambre, en apóstoles de la decadencia (pues ésta es colectiva como el crimen o la culpa); pues no admite duda que todos sin excepción, en algún momento de nuestro vuelo vital, nos hemos abandonado, hemos claudicado, nos hemos convertido en gangosos cantantes de factoría para entonar impunemente (Anatomia d'una cançó) una melodía estúpida y envilecedora. Digámoslo de una vez: el atavismo más asesino, el más nuclear en nuestra cultura, es aquél que nos impide ser nosotros mismos, el que nos cose a deudas edípicas y a componendas con modelos familiares y sociales degradantes (formas legales de la peor prostitución).

Se cierra el disco Danses primitives con un arrebatado identitario: "Lo Pardal és la clau" (Surfin' Pardal), y con un track adicional sin título [se retoma Pardal Z] y no numerado (el 13: ¿quieren un atavismo más claro que el de los malos presagios?), momento de gloria no previsto en el que David Esterri, en un amago de reset, reconoce el fracaso de toda veleidad revolucionaria con esta demoledora y honesta fórmula: "L'amistat i l'amor Lo Pardal no pot comprar". Quien no fracasa es el David Esterri letrista y músico: en Danses primitives ofrece la más alta expresión de su descarnada mirada irónica sobre el mundo, unos conceptos compositivos ricos y a la vez desenvueltos, y una ejecución musical diáfana y técnicamente impecable.